

TEORÍA MARXISTA

Notas sobre el imperialismo contemporáneo

MICHEL HUSSON

¿Pone la globalización en tela de juicio los enfoques clásicos del imperialismo? Esta es la pregunta que sirve de hilo conductor de este artículo, que contiene dos partes: la primera presenta una breve descripción de dichas teorías y la segunda trata de señalar las características de la globalización que implican una actualización teórica y conceptual. Son reflexiones provisionales con las que, ante todo, se pretende esbozar los ejes de tal actualización.

Las teorías clásicas del imperialismo

El término “imperialismo” no aparece en los escritos de Marx sino en el libro de Hobson publicado en 1902/1. Los marxistas de comienzos del siglo XX lo retomaron más adelante, si bien este concepto no designaba directamente una teoría de la explotación de los países del Tercer Mundo, sino que planteaba ante todo un análisis de las contradicciones de los países capitalistas y una teoría de la economía mundial cuyos elementos constitutivos ya se encuentran en Marx.

En el *Manifiesto del Partido Comunista*, Marx subrayó que “*mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía otorga un carácter cosmopolita a la producción y al consumo*”, y en *El Capital* afirmará claramente que “*la base del modo de producción capitalista está constituida por el propio mercado mundial*”. En los análisis de *El Capital*, la función del comercio internacional consiste sobre todo en contrarrestar la caída tendencial de la tasa de beneficio: “*Los capitales invertidos en el comercio exterior permiten obtener una tasa de beneficio más alta porque, en primer lugar, en este caso se compete con países cuyos medios de producción de mercancías son inferiores*”. Y Marx subraya que se produce una transferencia de valor: “*El país favorecido recibe a cambio más trabajo que el que ha aportado, aunque esa diferencia, ese excedente, se lo embolsa una clase particular, como en el intercambio entre el capital y el trabajo*”.

Para Lenin, Bujarin y Rosa Luxemburg, no se trata ante todo de analizar lo que hoy llamaríamos relaciones Norte-Sur: la cuestión teórica que se plantea se refiere a las condiciones internas de funcionamiento del capitalismo. En efecto, tras la “gran depresión” que se dio entre 1873 y 1895, el capitalismo se recupera con un crecimiento más dinámico, al tiempo que experimenta mutaciones sustanciales. Toda una serie de teóricos, como Bernstein y aquellos que Lenin calificará de “marxistas legales”, propondrán una interpretación de los esquemas de reproducción que demuestra la posibilidad de un desarrollo indefinido del capitalismo exclusivamente sobre la base del mercado interior. La cuestión que se plantea radica por tanto en comprender el modo de funcionamiento del capitalismo en una fase determinada de su historia. El concepto de imperialismo se introducirá así en relación con esta problemática, y los países coloniales y semicoloniales desempeñarán un papel específico en el análisis teórico.

Frente a los pronósticos optimistas de un Bernstein sobre la dinámica del capitalismo, Rosa Luxemburg propone una lectura diferente de los mecanismos de reproducción. El argumento puede resumirse de un modo muy sencillo. La acumulación de capital hace que tienda a aumentar la composición orgánica del mismo, máxime cuando el

capitalismo trata además de frenar el aumento de los salarios. En estas condiciones, si se mantiene la hipótesis atribuida a Marx, según la cual “*los capitalistas y los obreros con los únicos consumidores*”, la reproducción del capital se torna imposible. Rosa Luxemburg rechaza, en efecto, las tesis de Tugan-Baranovsky, quien trató de demostrar la posibilidad de la expansión capitalista sobre la base de un autodesarrollo infinito de la sección de medios de producción. Recupera una intuición fundamental de Marx según la cual “*la producción de capital constante no se lleva nunca a cabo por sí misma, sino únicamente porque este capital constante se utiliza en mayor medida en las esferas de producción que producen para el consumo individual*”. Para Luxemburg, la reproducción del capital requiere por tanto, “*como primera condición, un círculo de compradores situados fuera de la sociedad capitalista*”.

Esta idea, como ya hemos visto, ya está presente en Marx, quien señaló en el *Manifiesto* que “*empujada por la necesidad de encontrar salidas cada vez más amplias para sus productos, la burguesía invade toda la superficie del planeta*”. Esta concepción, que implica que la realización de la plusvalía requiere la apertura permanente de mercados exteriores, explica sin duda el periodo de expansión imperialista, donde los países dependientes desempeñan un papel creciente con respecto a las salidas que ofrecen. Sin embargo, no es posible sistematizar su base teórica: una cosa es que, en ciertas condiciones históricas particulares, la expansión imperialista sea un elemento importante, incluso decisivo, de la acumulación de capital, pero hacer de esta constatación una ley absoluta –como Luxemburg, para quien “*la plusvalía no pueden realizarla ni los asalariados ni los capitalistas, sino únicamente capas sociales o sociedades con un modo de producción precapitalista*”– es un paso que no convence en absoluto.

“*Si hay que definir el imperialismo lo más brevemente posible, habría que decir que es la fase monopolista del capitalismo/2*”. Vemos que Lenin parte del modo de funcionamiento de los países capitalistas más desarrollados. Su propósito es doble: por un lado, dar cuenta de los cambios que experimentó dicho funcionamiento, y por otro explicar cómo las rivalidades interimperialistas condujeron a la primera guerra mundial.

El imperialismo, fase superior del capitalismo, escrito en 1916, retoma de Hobson e Hilferding los análisis clásicos del capitalismo financiero, pero amplía la definición a sus cinco rasgos fundamentales, a saber: 1) concentración de la producción y del capital hasta tal punto que ha creado monopolios, cuya función es decisiva en la vida económica; 2) fusión del capital bancario y del capital industrial, y creación, sobre la base de este “capital financiero”, de una oligarquía financiera; 3) la exportación de capitales, en contraste con la exportación de mercancías, adquiere una importancia muy particular; 4) las uniones internacionales monopolistas de capitalistas se reparten el mundo, y 5) fin del reparto territorial del globo entre las principales potencias capitalistas/3.

Bujarin propone una presentación de la economía mundial más sistemática que la de Lenin, insistiendo en la contradicción entre la internacionalización de las fuerzas productivas y la apropiación de la plusvalía, que sigue produciéndose a escala nacional. Formula una crítica de la teoría del ultra imperialismo de Kautsky, según la cual la concentración del capital podría dar lugar a un funcionamiento armonioso de la economía mundial. Sin embargo, su teorización se basa a fin de cuentas en un modelo adaptado al periodo, pero que hoy está anticuado: cada capitalismo nacional resolvería

sus dificultades mediante la formación de una especie de capitalismo de Estado, y las contradicciones del capitalismo se trasladarían al plano mundial, manifestándose exclusivamente en forma de rivalidades interimperialistas.

Trotsky esbozó por su parte una “ley del desarrollo desigual y combinado” que en lo esencial afirma que si el capitalismo tiende a expandirse al mundo entero, no lo hace de un modo lineal y armonioso. Este enfoque permite evitar dos simplificaciones abusivas. La primera consistiría en presentar el capitalismo, pese a la violencia de sus métodos, como un agente del progreso histórico con un balance final positivo. Sin embargo, la formulación de la ley se diferencia también de una tesis –que podría calificarse de “tercermundista”– según la cual el capitalismo es radicalmente incapaz de promover el mínimo desarrollo en los países dominados.

Estos avances acumulados poco a poco por los clásicos del marxismo serán dilapidados por la contrarrevolución estalinista. Por motivos de conveniencia política de la burocracia soviética, la teoría marxista se verá reducida a una visión esquemática, tratando de afirmar el papel progresista de las burguesías nacionales frente a un imperialismo interesado única y exclusivamente en el mantenimiento de las estructuras locales calificadas de feudales, con el fin de justificar la política de la Tercera Internacional.

Las teorías de la dependencia

Para simplificar, podemos incluir en este concepto las numerosísimas contribuciones que aparecieron después de la segunda guerra mundial y que enlazaron con las teorías clásicas del imperialismo. La novedad importante consiste en razonar desde el punto de vista de los países dominados y en insistir en las deformaciones que comporta el desarrollo capitalista mundial. Pese al florecimiento de enfoques muy diferenciados, cabe considerar que existe un núcleo común que podríamos resumir con la siguiente definición de la dependencia, formulada por Dos Santos: *“Por dependencia entendemos una situación en la que la economía de determinados países está condicionada por el desarrollo y la expansión de otra economía, a la que está subordinada. La relación de interdependencia entre dos economías, o todavía más, entre estas y el comercio mundial, adopta la forma de dependencia cuando ciertos países (los países dominantes) conocen la expansión y la autosuficiencia, mientras que otros (los países dependientes) no pueden esperar que vayan a lograrlo más que como subproducto de dicha expansión (...). Vemos que las relaciones generadas por este mercado mundial son desiguales y combinadas”*⁴.

El eco de las fórmulas de Trotsky es algo más que una mera coincidencia y marca el retorno a las teorizaciones de la economía mundial tomada en su conjunto. Sin embargo, este retorno se inclina hacia el “tercermundismo” y tiende a sobrevalorar ciertos rasgos de la estructura de la economía-mundo.

Las tesis de André Gunder Frank⁵ son un buen ejemplo de esta tendencia a bordear el límite. El punto de partida es la constatación correcta de la polarización de la economía mundial: el desarrollo del capitalismo no es homogéneo, sino que existe lo que Frank y Samir Amin⁶ denominan el “centro” y la “periferia”. El deseo de desprenderse del esquematismo estalinista conduce a Frank a llevar hasta el final su lógica alternativa con respecto a América Latina. Puesto que se trata de rechazar las simples tesis “dualistas”

que oponen un sector “feudal” a un sector capitalista, Frank insistirá en el predominio del capitalismo, afirmando que América Latina es capitalista desde los primeros años de la conquista.

Esta tendencia a saltar de un extremo al otro se repite de un modo todavía más drástico en un planteamiento que prevaleció en la década de 1960 y que podríamos resumir del modo siguiente: el capitalismo saquea el Tercer Mundo⁷, repatria la totalidad de sus beneficios y por tanto es incapaz de asegurar el desarrollo industrial de los países dominados. Por consiguiente, la revolución antiimperialista y la revolución socialista son por naturaleza la misma cosa. Está claro que esta conclusión es coherente con la teoría de la revolución permanente, pero lo que retrospectivamente resulta menos convincente es el carácter unilateral del análisis económico, basado en particular en la noción de intercambio desigual.

La imagen del saqueo estaba muy extendida y halló su modelo teórico con el libro de Arghiri Emmanuel⁸. Este modelo tiene para él el mérito de la simplicidad: los países de la periferia se caracterizan por unos salarios y unos niveles de productividad más bajos. Sin embargo, existe un mercado mundial en el que se forma, mediante la perecuación de las tasas de beneficio, un precio único. Esta unidad de precio, dadas las diferencias de productividad, comporta transferencias de valor, es decir, la explotación de la periferia por el centro. El error de fondo de este modelo consiste en confundir países y capitales y desemboca inevitablemente en esta visión paradójica de una solidaridad de intereses entre la clase obrera y la burguesía de los países imperialistas, que, por decirlo de alguna manera, coexplotan a los asalariados de los países dependientes. No es extraño que en aquella época se pudiera hablar de “naciones proletarias”, lo que provoca en todo caso un transfuguismo asombroso, ya que el radicalismo de la teoría del intercambio desigual tiende finalmente a recuperar la idea del nacionalismo antiimperialista.

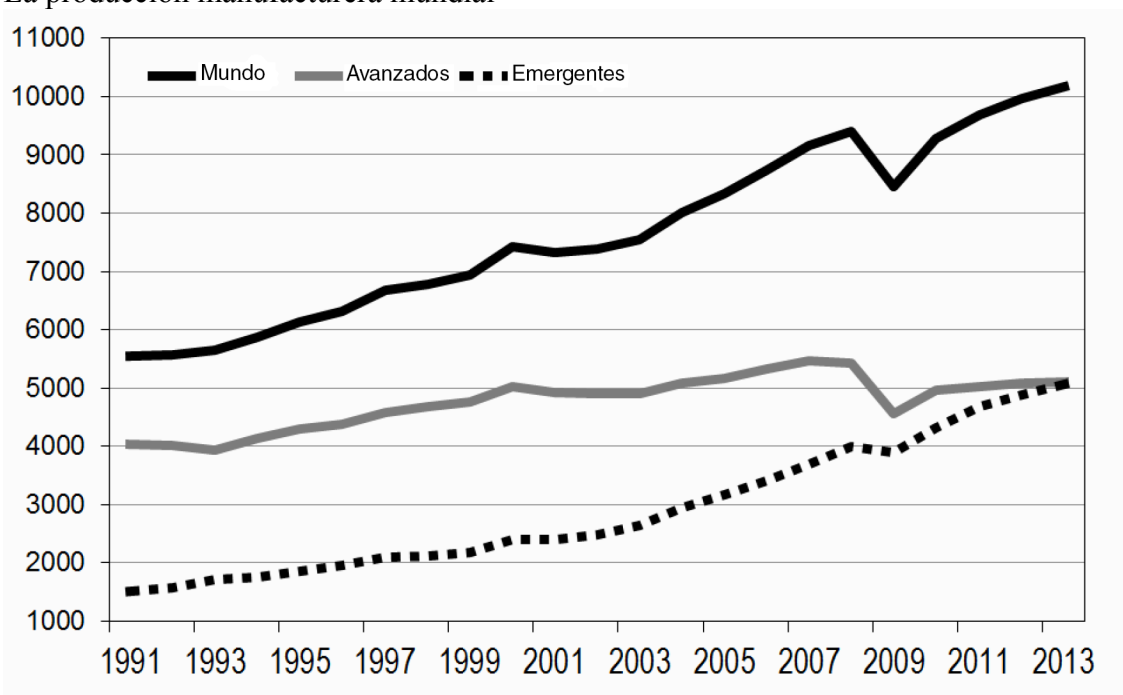
Esta rápida panorámica no refleja toda la riqueza de los debates y sus derivaciones. La crítica principal, sin embargo, que se puede oponer a las versiones radicalizadas de las teorías de la dependencia es que obstaculizaron la comprensión de los procesos de industrialización que tenían lugar precisamente en la década de 1960. En varios países capitalistas dependientes, como México, Argentina o Brasil en América Latina, Corea o la India en Asia, Argelia o Costa de Marfil en África, se desarrollaron procesos de industrialización desde el final de la segunda guerra mundial hasta comienzos de la década de 1970. En aquel periodo, las tasas de crecimiento alcanzadas en promedio en los países del Sur son equivalentes, o incluso superiores, a las de los países imperialistas.

Las versiones más extremas y/o vulgarizadas de las teorías de la dependencia no permitieron comprender correctamente en aquel entonces la realidad de un desarrollo local basado en el crecimiento de las industrias de sustitución que iban a sustituir progresivamente a los bienes importados. Aquella visión demasiado unilateral de las cosas partía del peso excesivo que se otorgaba a la esfera de la circulación y popularizaba la imagen de unos países cuya riqueza se bombeaba continuamente al exterior, con una tendencia simétrica a exagerar la importancia de esta transferencia para los países imperialistas.

El gran cambio en el mundo

La globalización ha provocado, por “efecto bumerán”, un auténtico cambio de la economía mundial. Este cambio se puede medir de muchas maneras, pero el criterio más significativo es sin duda el grado de industrialización. Entre 2000 y 2013, la producción manufacturera mundial (industria, sin incluir la energía) creció un 37 %, pero casi la totalidad de este aumento tuvo lugar en los llamados países emergentes, donde se duplicó con creces (+112 %), mientras que en los países avanzados se quedó estancada (+1,5 %). La mitad de la producción manufacturera mundial tiene lugar actualmente en los países emergentes (gráfico 1). Esta constatación, que pone en un brete las tesis sobre el “desarrollo del subdesarrollo” y sobre la imposibilidad de un proceso de industrialización en el Sur, tiene un corolario importante: la globalización da lugar a la formación de una clase obrera mundial, que se desarrolla fundamentalmente en los países emergentes/9.

Gráfico 1
La producción manufacturera mundial



En miles de millones de dólares estadounidenses. Fuente: CPB World Trade Monitor

El fenómeno se ha acelerado desde comienzos del siglo XXI, dando lugar a esa categoría imprecisa de países “emergentes”. En sentido amplio, designa el conjunto de los países “no avanzados” (como ocurre con el desglose de la producción industrial). Aunque esta división oculta el hecho de que existen países que no son “avanzados” ni “emergentes”, es suficiente para calibrar la magnitud de este gran cambio.

Lo que se plantea entonces es saber hasta qué punto este fuerte ascenso de los países emergentes pone en tela de juicio las teorías “clásicas” o “de la dependencia” del imperialismo. No hay que temer ser iconoclastas (al menos en un primer momento) ni dejar de subrayar que puede haber aspectos inéditos en esta nueva configuración.

Una nueva configuración de la economía mundial

Para los clásicos, los países dependientes eran receptores de capitales exportados por los países imperialistas. Ya hemos visto que para Lenin la exportación de capitales era uno

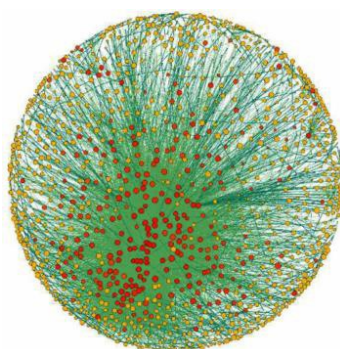
de los rasgos definitorios del imperialismo. Así que basta recordar que EE UU es hoy importador neto de capitales para demostrar que se han vuelto las tornas. Pierre Dockès/**10** resume de este modo la configuración actual: *“Los capitales ya no se desplazan principalmente del Norte al Sur, como se dice a menudo, sino que se trasladan de los países recientemente emergidos hacia los países maduros y los países que todavía están en vías de desarrollo (un flujo mucho más modesto)”*. Dockès habla incluso de un imperialismo “al revés” o “de emergencia” que *“se ejerce, por un lado, sobre los viejos países desarrollados mediante las exportaciones de productos industriales y de capitales, y por otro sobre los países en desarrollo (África, países subdesarrollados de Asia) mediante el control de los recursos de materias primas, productos energéticos e incluso de las tierras”*.

La consecuencia sin duda más visible de estos cambios es la que acabamos de señalar, a saber, la industrialización de los países de la periferia, una industrialización que ya no se limita a las cadenas de montaje (industrias textil y electrónica), sino que abarca también productos de alta tecnología e incluso la producción de bienes de equipo. Los llamados “tigres”, y en particular Corea del Sur, habían abierto el camino, un camino que China recorre con ímpetu todavía mayor.

La economía mundial está formada hoy en día por una retícula compleja de capitales que determinan las llamadas “cadenas de valor globales”. Este término designa el reparto de los diferentes segmentos de la actividad productiva entre varios países, desde el diseño hasta la producción y la entrega al consumidor final. Esto significa que hemos pasado de una internacionalización a una globalización del capital, que da lugar a una organización de la producción basada en la combinación de varios países. La imagen de la economía mundial ha dejado por tanto de ser tan solo la de una confrontación asimétrica entre países imperialistas y países dependientes y muestra una integración de segmentos de las economías nacionales bajo la égida de empresas multinacionales que crean un auténtico tejido que envuelve la economía global.

En un estudio reciente/**11** se ha definido la cartografía exacta de las interconexiones entre multinacionales (gráfico 2). Esta demuestra que la mayor parte (el 80 %) del valor creado por las 43 000 empresas estudiadas está controlada por 737 “entidades”: bancos, compañías de seguros o grandes grupos industriales. Examinando más de cerca esta compleja red de participaciones y autocarteras, se constata que 147 multinacionales poseen el 40 % del valor económico y financiero de todas las multinacionales del mundo.

Gráfico 2
La red de las multinacionales



Esta nueva configuración genera un dinamismo impresionante del capitalismo en los países emergentes, cuyos métodos brutales, rayanos en el esclavismo, recuerdan las formas violentas que adoptó la revolución industrial en Inglaterra en el siglo XIX. Podemos decir que las fuentes del dinamismo del capital se hallan hoy en los países emergentes, como demuestran su capacidad para superar la crisis y sobre todo el hecho de que experimentan importantes aumentos de la productividad, mientras que en los viejos países capitalistas esta última tiende a estancarse.

Esta dinámica ya no es el simple reflejo de la coyuntura en los países centrales. Es cierto que no se ha producido una “desconexión”, pues los países emergentes dependen de sus exportaciones al Norte, pero adquieren progresivamente una autonomía basada en los intercambios Sur-Sur y en el crecimiento de sus respectivos mercados internos.

La primera implicación de este nuevo panorama es que hay que abandonar la representación de la economía mundial como la mera yuxtaposición de economías nacionales y sustituirla por un concepto de economía mundial integrada. Las empresas multinacionales son las agentes de esta integración, cuya geografía coincide cada vez menos con la de los Estados. Esta creciente imbricación hace que los instrumentos de análisis clásicos ya no sirvan y cambia las representaciones de la economía mundial. Así, el 15 % de los trabajadores franceses, es decir, dos millones de personas, trabajan en empresas controladas por capital extranjero, mientras que tres millones y medio de trabajadores de todo el mundo están en la nómina de filiales de empresas francesas. En un reciente artículo, Robert Reich demuestra que la noción de nacionalidad de una empresa deviene cada vez menos pertinente/¹². Recuerda que tan solo una quinta parte de la plantilla de IBM trabaja en EE UU y que muchas multinacionales estadounidenses han establecido relaciones de coinversión con empresas chinas, y concluye con estas palabras: *“Dejemos de preguntarnos si las grandes multinacionales son ‘estadounidenses’. Es un juego que no podremos ganar. Centrémonos mejor en lo que queremos que vengan a hacer las multinacionales, cualquiera que sea su nacionalidad, en EE UU, y en la manera en que podemos incitarlas a hacerlo”*.

Esta imbricación globalizada ofrece a los grandes grupos sendas puertas de salida al procurarles un mercado mucho más vasto que el mercado interior de sus puertos de amarre (sin hablar ya de la evasión fiscal). En el caso francés se puede medir este efecto comparando la evolución de la inversión realizada en Francia con la que se lleva a cabo en el extranjero. Esta última, que al principio era relativamente baja, ha aumentado de modo notable durante el periodo de la “nueva economía” y hasta el *crac* bursátil de 2000, que hace que vuelva a descender, antes de reanudar la tendencia ascendente en 2005. La inversión de las empresas, financieras o no, en su país de origen representa una proporción aproximadamente estable del PIB. La evolución divergente entre el mercado interior y el mercado mundial también puede medirse por la creciente diferencia de rentabilidad entre los grandes grupos internacionalizados y las demás empresas. Entre 2000 y 2006, los beneficios de las 40 principales empresas que cotizan en la bolsa de París se duplicaron, pasando de 46.000 a 96.000 millones de euros, mientras que los del conjunto de empresas francesas solo crecieron un 20 %. Esta desconexión se explica por el hecho de que la mayor parte de los beneficios de los grandes grupos se realizaron en el extranjero. En otras palabras, asistimos a una disociación de la dinámica de los capitales según su grado de ramificación en el mercado mundial. Esto significa también que las empresas de un país pueden soportar el escaso crecimiento del mercado interior

de dicho país a partir del momento en que disponen de salidas alternativas en el mercado mundial.

Estados y capitales

A partir del momento en que el mapa de los Estados y el de los capitales empiezan a diferenciarse progresivamente, hay que replantearse la cuestión de las relaciones que mantienen. Desde luego, es cierto que los lazos privilegiados que mantiene tal o cual multinacional con “su” Estado de base no han desaparecido y que dicho Estado tratará de defender los intereses de las industrias nacionales. El distanciamiento se debe más bien al hecho de que las grandes empresas tienen el mercado mundial por horizonte y que una de las fuentes de su rentabilidad reside en la posibilidad de organizar la producción a escala mundial con vistas a minimizar los costes. Nada les obliga a recurrir al empleo doméstico y sus salidas están en gran medida desconectadas de la coyuntura nacional de su puerto de amarre. El mejor indicio revelador de esta asimetría se encuentra sin duda en la proliferación del discurso sobre la “capacidad de atracción”: a los Estados –especialmente europeos– ya no les basta con defender a sus “campeones nacionales”, sino que intentan hacer todo lo posible por atraer inversiones extranjeras a su territorio.

La globalización conduce por tanto a un entrelazamiento de las relaciones de poder que se organizan de acuerdo con lo que podríamos llamar una doble regulación contradictoria. Por un lado, los Estados han de combinar los intereses divergentes de los capitales orientados al mercado mundial –y que organizan la producción en consecuencia– y los del tejido de empresas que producen para el mercado interior. La distinción entre el sector “expuesto” y el sector “amparado” adquiere una importancia creciente en el análisis de los capitalismo nacionales. Por otro lado, esos mismos Estados tratan de garantizar una regulación nacional coherente y al mismo tiempo las condiciones de una inserción óptima en una economía cada vez más globalizada.

En estas condiciones, las relaciones entre Estados capitalistas se articulan en torno a dos objetivos contradictorios: cada Estado trata clásicamente de asegurar su posición en la escala de hegemonías, pero también tiene que garantizar las condiciones de funcionamiento del capitalismo globalizado. Las instituciones internacionales, como por ejemplo la OMC (Organización Mundial del Comercio), funcionan entonces como una especie de “delegado de los Estados capitalistas” que vela por la plena libertad de circulación de los capitales. Sin embargo, si observamos las negociaciones en curso sobre el Tratado Transatlántico (Tafta), está claro que lo que pretende EE UU es apoyarse en el “socio” europeo para reafirmar su hegemonía frente al ascenso de China. Por consiguiente, hoy en día no existe ni un “ultraimperialismo”, ni un “gobierno mundial”, lo que convierte al capitalismo contemporáneo en un sistema que escapa por naturaleza a toda auténtica regulación y que funciona de manera caótica, a caballo entre una competencia exacerbada y la necesidad de reproducir un marco de funcionamiento común. Esto no impide, evidentemente, que por lo demás prosigan las prácticas típicamente imperialistas. Un ejemplo muy actual es el del proyecto de acuerdo de asociación económica (AAE) firmado el 10 de julio en Ghana entre la Unión Europea y 16 países de África occidental. Dicho tratado prevé la supresión del 75 % de los derechos de aduana sobre las importaciones procedentes de la UE y la limitación de su capacidad de decisión autónoma en materia de política comercial más allá de las exigencias de la OMC/13.

Este entrecruzamiento de relaciones de poder impide probablemente razonar en términos de una sucesión de potencias dominantes, como si la hegemonía de China debiera tomar mecánicamente el relevo de la de EE UU. Sin entrar en un análisis geoestratégico que rebasaría el marco de este artículo, podríamos avanzar que estas relaciones de poder están estructuradas hoy en día en torno a dos ejes: un eje “vertical” clásico que opone a las grandes potencias, y un eje “horizontal” que corresponde a la competencia entre capitales. De ahí que la economía mundial ya no pueda analizarse únicamente a la luz de la relación jerárquica que opone a países imperialistas y países dominados. Llevando este razonamiento hasta el final, podríamos hablar de un “imperialismo al revés”, como hace Pierre Dockès, quien en todo caso tiene razón cuando insiste en la creciente competencia que se ejerce, no solo por la conquista de mercados, sino también por el control de los recursos.

Una configuración inestable

A la hora de calibrar el gran cambio de la economía mundial también hay que tratar de dilucidar sus límites y contradicciones y no limitarse a prolongar las tendencias de la última década. Les reflexiones que siguen, por tanto, son más bien hipótesis de trabajo que “predicciones”. No obstante, tal vez resulte útil, después de todo, partir de las previsiones de la OCDE, que acaba de publicar un estudio prospectivo¹⁴ sobre las perspectivas de la economía mundial de aquí a 2060. La previsión es que “*el crecimiento, aunque más sostenido en los países emergentes que en los de la OCDE, se frenará a pesar de todo debido al agotamiento progresivo del proceso de acortar distancias y a una demografía menos favorable*”. La OCDE desglosa clásicamente el crecimiento en tres elementos: el capital, el trabajo (al que suma el “capital humano”) y la productividad global de los factores. Esta audaz contabilidad vale lo que vale, pero apunta en todo caso a un fenómeno central, que es la pronunciada desaceleración de la productividad, así definida, en los países emergentes: pasaría de más del 5 % a lo largo del último decenio al 3,2 % durante el siguiente (2010-2020) y al 2,1 % en 2060 (tabla 1).

Tabla 1
Previsiones de crecimiento de la OCDE

	2000-2010	2010-2020	2020-2030	2030-2040	2040-2050	2050-2060
Países de la OCDE						
PIB	1,41	1,42	1,81	1,67	1,48	1,41
Productividad	0,76	1,10	1,50	1,38	1,28	1,24
Capital	0,18	0,06	0,15	0,06	-0,07	-0,11
Trabajo	0,49	0,30	0,16	0,23	0,26	0,28
Países del G-20 no pertenecientes a la OCDE						
PIB	6,46	4,86	3,71	3,22	2,51	2,34
Productividad	5,13	3,23	2,77	2,57	2,34	2,14
Capital	0,15	0,97	0,31	0,06	-0,05	-0,10
Trabajo	1,18	0,70	0,62	0,59	0,21	0,30

Por consiguiente, la constatación según la cual los aumentos de productividad –que constituyen, una vez más, la base material de la dinámica del capital– se dan actualmente en los países emergentes podría verse desmentida dentro de un periodo de tiempo tal vez más corto que lo que prevé la OCDE. Sobre todo por el hecho de que esta última se basa en una hipótesis sobre los aumentos de productividad que atribuye un

75 % de los mismos a las tecnologías de la información, hipótesis que el propio informe califica de optimista (*high*) “a la luz de la historia reciente”.

El caso de China prolonga esta problemática del modo siguiente: ¿depende la capacidad de producir mercancías de alta tecnología de la coinversión internacional o refleja una autonomía creciente del aparato productivo chino? El análisis de las cadenas de valor demuestra que existen importantes transferencias de valor añadido. La situación se complica con una tendencia a la sobreacumulación de capital que comporta una disminución de la rentabilidad de los capitales/15, a la que se añade una creciente dependencia en materia de energía, de tierras raras, etc. Los dirigentes chinos son conscientes de los límites del modelo y han planificado una recuperación del mercado interior como principal motor de la economía. Sin embargo, el mercado interior choca con dos obstáculos importantes: por un lado, el aparato productivo no es adaptable inmediatamente a la demanda interior y, sobre todo, dicha recuperación requeriría un cambio importante de la distribución de las rentas/16.

Estos interrogantes son todavía más pertinentes con respecto a los demás BRICS. Así, en el caso de Brasil, Pierre Salama puede hablar de “reprimarización” y de desindustrialización/17. De un modo general, los países emergentes han entrado en una fase de inestabilidad crónica de sus balanzas exteriores, pero sobre todo la economía mundial no puede analizarse según un reparto aproximado entre países “avanzados” y “emergentes” que deja de lado otras categorías de países como por ejemplo los países rentistas. Una parte importante de la población mundial vive en países o porciones de países que están marginados de la dinámica de la globalización capitalista. Las líneas divisorias atraviesan las formaciones sociales y contribuyen a la desestructuración de las sociedades.

Hipótesis de trabajo a modo de conclusión

La ley del “desarrollo desigual y combinado” sigue siendo válida a condición de que se comprenda bien que ya no se refiere a economías nacionales relativamente homogéneas: una vez más, el mapa de los capitales no coincide ya con el de los Estados y el capital financiero internacional ha conseguido una autonomía sin precedentes en la historia.

La cuestión teórica más difícil y que sin duda no podremos dilucidar actualmente, es saber hasta qué punto los llamados países emergentes han adquirido un verdadero dominio sobre los procesos de producción o en qué medida siguen siendo todavía subcontratistas sometidos a la volatilidad de los capitales internacionales. La respuesta varía sin duda en función de los países y los sectores, y desde este punto de vista hay que poner en tela de juicio la homogeneidad de la categoría de países “emergentes”. De la respuesta que se dé a esta cuestión dependerá a fin de cuentas el grado de cuestionamiento necesario de las concepciones clásicas del imperialismo.

Un segundo interrogante se refiere al carácter duradero de esta nueva configuración de la economía mundial. Por un lado, el agotamiento del crecimiento en el Norte acabará frenando probablemente el crecimiento en el Sur, y por otro las tensiones sociales del Sur influirán en el sentido de un crecimiento más centrado en el mercado interior y por tanto más lento. Muchas de estas cuestiones se zanjarán en un terreno no estrictamente económico, sino también social y ecológico. La organización actual de la economía mundial conduce, en efecto, a una permanente fuga hacia delante en la regresión social.

Esto es por cierto lo que implican las previsiones de la OCDE citadas más arriba, que anuncian un aumento universal de las desigualdades y cuyo mensaje puede resumirse con estas palabras: “*Si quieren ustedes un crecimiento más fuerte, según la OCDE, deben aceptar una mayor desigualdad. Y a la inversa. Incluso para alcanzar una tasa de crecimiento mediocre del 3 % de la economía mundial, habrá que ‘flexibilizar’ todavía más el trabajo y globalizar todavía más la economía/18*”.

Finalmente, sobre todas las consideraciones que preceden pende el desafío del cambio climático, que implicaría una cooperación internacional y la adopción de otro modelo de desarrollo. Sin embargo, estas dos condiciones están en contradicción con la lógica profunda del capitalismo, un sistema que está basado en la competencia entre capitales y en el afán de beneficio. Por consiguiente, es preciso volver a examinar la teoría del imperialismo, pero esto pasa también por la construcción paciente de un nuevo internacionalismo basado en la comunidad de intereses objetiva de los trabajadores forzados a competir entre ellos en todo el mundo, por encima de sus diferentes condiciones de vida. Al fin y al cabo, es en las luchas donde podrá surgir una comprensión mejor de este adversario común.

Verano de 2014

<http://hussonet.free.fr/ncs14w.pdf>

Traducción: *VIENTO SUR*

Notas

1/ Véase la bibliografía en el anexo.

2/ V. I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.

3/ *Ibidem*.

4/ Theotonio dos Santos, *The structure of dependence*, *American Economic Review*, mayo de 1970.

5/ Véase por ejemplo *Capitalisme et sous-développement en Amérique latine*, Maspero, 1968.

6/ Samir Amin, *L'accumulation à l'échelle mondiale*, Anthropos Paris/IFAN Dakar, 1970.

7/ Pierre Jalée, *Le Pillage du Tiers monde*, Maspero, 1965; *Le Tiers Monde dans l'économie mondiale*, Maspero 1968; traducción inglesa: *The Third World in World Economy*, Monthly Review Press, 1969.

8/ Arghiri Emmanuel, *L'échange inégal*, Maspero, 1969; traducción inglesa: *Unequal Exchange*, Monthly Review Press, 1972.

9/ Michel Husson, “La formation d’une classe ouvrière mondiale”, *note hussonet* n°64, 18/12/2013.

10/ Pierre Dockès, “Globalisation et ‘impérialisme à l’envers’”, en Wladimir Andreff (dir.), *La globalisation, stade suprême du capitalisme?*, Presses universitaires de Paris Ouest, 2013.

11/ Stefania Vitali, James B. Glattfelder y Stefano Battiston, “The Network of Global Corporate Control”, *PLoS ONE* 6(10), 2011.

12/ Robert Reich, “The Increasing Irrelevance Of Corporate Nationality”, 28/07/2014.

13/ Véase Jean Gadrey, “STOP-APE: un appel aux organisations de la société civile et aux élus, en Europe et en Afrique”, 26/07/2014.

14/ OCDE, *Policy challenges for the next 50 years*, 07/2014.

15/ Véase Mylène Gaulard, *Karl Marx à Pékin: les racines de la crise en Chine capitaliste*, Demopolis, 2014.

16/ Véase Chiara Piovani, “Class Power and China’s Productivity Miracle”, *Review of Radical Political Economics*, 2014, vol. 46(3), 2014.

17/ Pierre Salama, *Les économies émergentes latino-américaines*, Armand Colin, 2012.

18/ Paul Mason, “The best of capitalism is over for rich countries – and for the poor ones it will be over by 2060”, *The Guardian*, 7/07/2014.

Anexo

Breve bibliografía sobre las teorías “clásicas”

Bujarin, N. (1916) *La economía mundial y el imperialismo*.

Bujarin, N. (1924) *El imperialismo y la acumulación de capital*.

Hilferding, R. (1910) *El capital financiero*.

Hobson, J.A. (1902) *Imperialismo*.

Lenin, V.I. (1916) *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.

Luxemburg, R. (1913) *La acumulación de capital*.

Mumery, A., J. Hobson (1889), *La fisiología de la industria*.